

Por Andrés Russo

EL PAYADOR IRLANDÉS Y LA TROVA DEL DESIERTO

A Carlos Orlando, el último detective del desierto

Tomás Eloy Martínez esclareció que toda existencia, que valga la pena ser reconstruida, alberga zonas grises, momentos que no pueden despejarse por más investigación que se realice. Eduardo Cormick en *“Las huellas del olvido”* (El bien del sauce, 2022) usufructúa esa incompletud esencial de la historia para darnos, a través de los conjuros de la ficción, algo mucho más interesante y vital que la narración opaca y oficial de esta suma de territorios inconexos que delimitan nuestro hermético noroeste.

“Las huellas del olvido” no es ficción histórica, sino un tejido, meticulosamente ejecutado, de relatos acerca de la épica de los polvorines, constituida por igual de triunfos, fracasos, fundaciones y aniquilaciones. *Piglia* señalaba que lo importante es el uso que se hace de un recurso y no el recurso en sí mismo, porque en el uso se puede vislumbrar una forma de leer que corresponde, secunda y configura, a una forma de escribir. Eso es, precisamente, lo que hace *Cormick* con el pasado a caballo entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, lo pone al servicio de su rescate de lo pretérito, pero sin incurrir en la ruinosa solemnidad. Los irlandeses, afortunadamente, siempre andan detrás de algo para embellecerlo. Alegres disidentes dentro de un reino flemático y analítico, trocan el axioma por la anécdota, la razón glacial por la imaginación del trovador.

¿Cómo lee Eduardo Cormick el territorio? Si uno no hiciera la inmersión adecuada en su obra, podría creer que su posición es la de un cartógrafo, pero no, no se dejen engañar por los sutiles, y por cierto muy oportunos, mapas que hay en *“Las huellas del olvido”*. *Cormick*, fiel a su sangre mayor, es un mitólogo de lo cotidiano que mira hacia el horizonte de nuestra indómita historia. En *“Las huellas del olvido”* encontramos a *Dorrego, Suárez, Lavalle y Rosas*, pero están como ecos, cuando no como susurros que llegan hasta el desierto. *Cormick* es un tahúr con su prolija y diestra baraja, un fabulador discreto que juega al truco con las pequeñas grandes crónicas de estas vastas y monótonas tierras (donde se mira para abajo más que para arriba, puesto que la seca preocupa más que las estrellas, como conviene a todo pueblo de esperanzas de tranco corto). Sabe utilizar los grandes acontecimientos para situarlos en relación, tanto de antinomia como de complemento, con otros hechos, con otros personajes, que en comparación pueden parecer, no digo menores, pero sí menos relevantes. Es solo una apariencia. Así se urde el prodigio de esta serie diversa, pero consistente, de iluminaciones del pasado más que de nostálgicas estampas, ya que los textos de *Cormick* no caen en ninguna ominosa forma de folclore.

Los personajes de *Cormick* son héroes de lo lateral, de las derivas que se suceden unas a otras, de los éxodos que no llegan a ser bíblicos, pero que merecen su respeto, como el de *Coliqueo*, desde la *Araucanía* hasta la tierra, más o menos prometida, de *Los Toldos*. Así, a la serie de los grandes hombres de la historia, tentación romántica a la que *Cormick* no sucumbe, se opone en tensión otra serie, mucho más popular, irreverente y clandestina, conformada por *Yanquelén, Painé, Baigorria, Calfucurá, Catriel, Moreira, Coliqueo, Mariano Rosas*, que creen

disputar un territorio, pero que, en verdad, están en un febril ensueño producido por una gran máquina de efectos como es el desierto.

Sí, el desierto, hagámonos cargo, siempre hemos estado en él, a pesar de los nombres de circunstancia que han intentado camuflarlo. Cuando fue *fortín Federación* antes de ser *Junín*; cuando dejó de serlo para tributar al gran triunfo *de Suárez* en Perú y trasplantar así una gloria ajena a una tierra sedienta de nombres reclamados por la civilización unitaria. No hay desierto sin ilusión y, más allá, sin espejismos. El nuestro tiene su propia mitología y es la de la difusa frontera. No debe confundirse la frontera con sus coordenadas, por eso distingo al mitólogo y al fabulador, al tahúr de las mil y una noches (*las árabes y las nuestras*) del gris cartógrafo. La frontera es oralidad, es cuento, es historia tergiversada, no tiene una causa oficial más allá de la de su supervivencia embustera, la del oportunismo político (*el Fierro de la vuelta no es el de la ida*), la causa del degüello, (*la del genocida Rauch, ajusticiado por Arbolito*) y del saqueo como institución permanente. La prodigalidad y la carestía forjan el péndulo del desierto. La tierra violada y su trauma incurable nos legó este amargo tiempo circular, donde todo es desesperado síntoma (*insomnio o amnesia, meras defensas ante el tedio*) y nada, o muy pocas cosas, son auténticos bálsamos.

Si al indiscutible poeta se le hacía cuento Buenos Aires, a mí esta página y las situaciones que ilustran me parecen no menos inverosímiles, si es que no las sintiera como pavorosamente reales en el cuero, curtido a fuerza de resignación.